

Entrada de una atarjea.

minables, de poco más de metro y medio unas, de un metro escaso muchas y de menos de medio de ancho; aquellas pendientes peligrosas, rampas resbaladizas, en las cuales casi es imposible sostenerse.

***

No se explica uno cómo pueden los ladrones asaltar tranquilamente, y sin que nadie les estorbe, las cajas de caudales yendo por la vía que debería ser la más difícil y que, como se ha podido ver recientemente, es la más fácil.

No se comprende cómo pueden tener tiempo los malhechores que se lo propongan, para abrir un boquete, por el cual tiene que caber un hombre por necesidad, y nadie les moleste.

¡Y calcúlese el tiempo que se invertirá en practicar un agujero de lo menos cincuenta centímetros de diámetro!...

Pues todo esto y más aún se explica y se comprende sin duda alguna conociendo el número de hombres que el Ayuntamiento dedica á la vigilancia del subsuelo de Madrid.

Y conociéndolo, más bien parece ficción interesada en desprestigiar á nuestro Municipio, que realidad vergonzosa para un pueblo que se tilda de civilizado.

Más de 140 kilómetros de laberínticas arterias tiene Madrid para arrojar sus detritus.

Y para camino tan largo, tan pesado y tan difícil, camino que necesariamente tiene que ser recorrido por dos veces por los encargados de vigilarle, uno á la entrada por el buzón y otro para salir, lo cual eleva el recorrido á 280 kilómetros, tiene el Ayuntamiento de Madrid nada menos que 72 hombres. Ese ejército se subdivide en 18 cuadrillas, con objeto de que puedan vigilar al mismo tiempo los diferentes puntos de Madrid.

Y es claro, contando por los dedos, se puede ver que cada cuadrilla se compone de tres vigilantes y un cabo. Los tres vigilantes son los que únicamente pueden prestar ese servicio, porque alguno ha de quedarse arriba cuidando de la ropa y de la escala.

Para la limpieza hay sólo 24 hombres. Ni unos ni otros figuran en nómina, son jornaleros que sólo cobran en los días que trabajan; no tienen, como otros, médico y botica.

El Ayuntamiento los paga con diez reales, doce á los cabos de esa miserable suma tienen que distraer una parte para comprarse el revólver con que van armados, los chanclos y la linterna.

Parecía justo que se les facilitase traje impermeable, uniforme y ante todo que se aumentase el personal. Pero eso sería demasiado. ¡Eso es cosa que no luce! Nigún alcalde ni concejal ninguno se ha preocupado de semejante asunto.

Es mejor que no haya más puntos de bajada que esos pozos, que los obreros tengan que vestirse en plena calle y en pleno día, dando el espectáculo de lucir los harapos con que necesariamente han de cubrirse para preservar en lo posible el cuerpo, ya que no la ropa, de la humedad y de las inmundicias de abajo.

La esplendidez del Ayuntamiento llega hasta el extremo de proporcionar á los obreros la escarpia para colgar la escala por la cual bajan, ésta la compran ellos.

Unase todo esto á lo pernicioso que es el ejercicio de su profesión, aspirando casi siempre en esa atmósfera envenenada, y podrá juzgarse de lo digna que es esa pobre gente de ser más atendida.

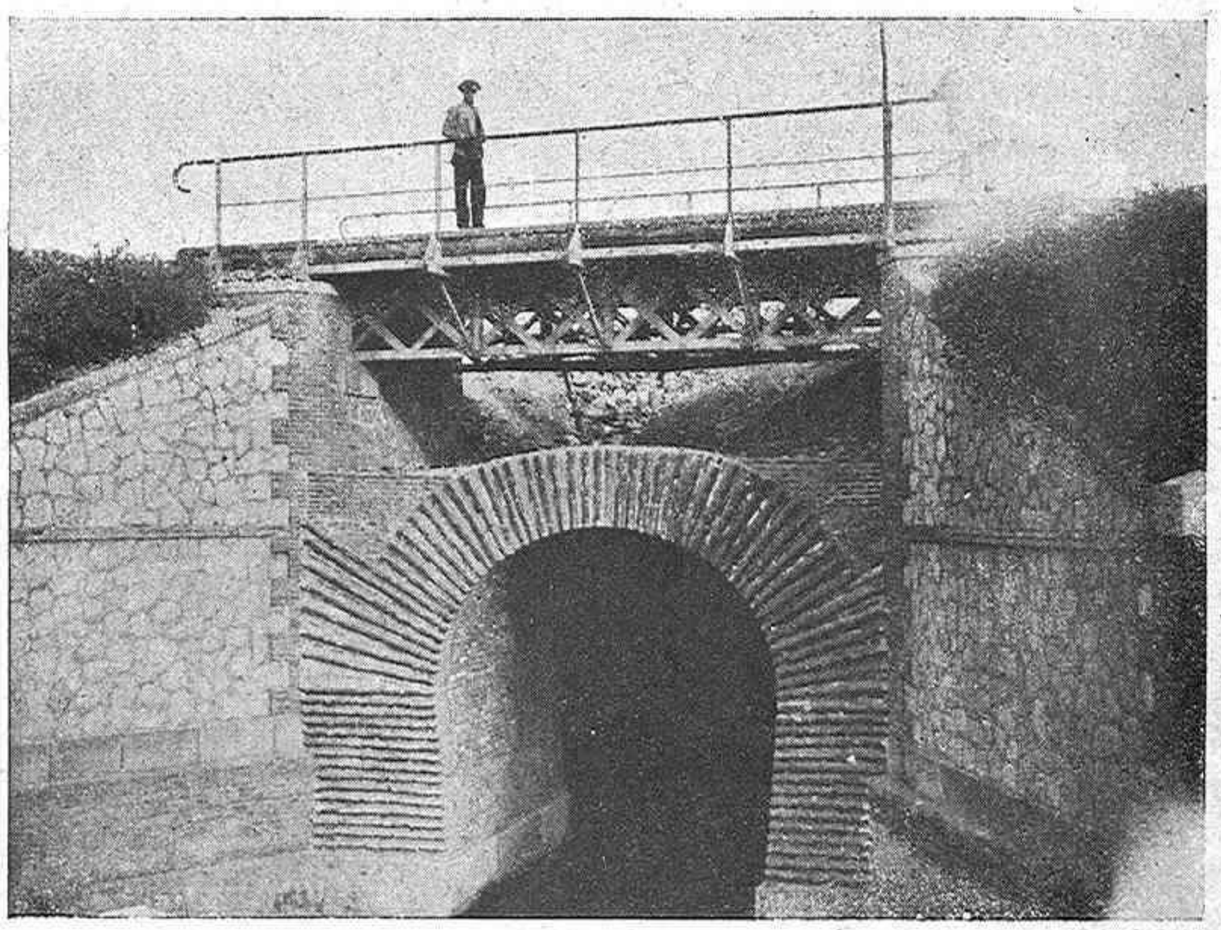
Nadie—pensaba yo en voz alta—querría ejercer este oficio tan penoso.

—Apenas hay una vacante se presentan quince ó veinte solicitándola—me contestaron.

Esto revela el estado de inopía en que se halla la clase proletaria.

***

Dos accidentes graves recordamos ocurridos en el subsuelo de Madrid.



Salida del colector del Hospital.

En el año 1879 bajó un sargento de ingenieros por el registro de San Gil, desdeñando las advertencias que le hicieron, porque estaba lloviendo con fuerza, y apenas puso el pie en la alcantarilla, la corriente, que era impetuosa, lo arrastró, y el pobre militar murió ahogado. El otro accidente es el ocurrido á un vigilante que se cayó en la rampa que hay debajo del Real Palacio y se produjo una herida en la muñeca. Gangrenóse la herida é hizo precisa la amputación del brazo, con lo cual tampoco se logró salvar la vida del infeliz.

***

El ingeniero director de fontanería y alcantarillas es donValentín Gómez, que lleva en la casa treinta y cuatro años.

El inspector del ramo es D. Victoriano Carmona, que lleva treinta y tres, y que en el ejercicio de su profesión ha perdido la salud.

Tanto al uno como al otro da las gracias por sus atenciones antes y durante el viaje,

Por el viajero

(Fots. de Amador.) **Roberto de Palacio.**

(c) Ministerio de Cultura 2006